

Apostolos Doxiadis
Tres cerditos

Traducido del inglés por
M.^a del Puerto Barruetabeña Diez

Alianza Editorial

Índice

9	Primera noche
139	Segunda noche
273	Las noches siguientes

PRIMERA NOCHE

4 de enero de 1974

En una institución benéfica situada en los Alpes

ME PREGUNTÓ ANTES, amable *signore*, mientras nos tomábamos esa horrible *zuppa di cipolle*, si en mi dilatada experiencia (con esa expresión ha querido referirse, muy diplomáticamente, al hecho de que estoy aquí, en esta *casa di riposo per anziani*, porque soy justo eso, un anciano)... Sí, eso ha dicho: si en mi dilatada experiencia he llegado a la conclusión de que una mala persona puede llegar a volverse buena... Sí, sí, ya lo sé, joven, no se altere. Sé que no han sido sus palabras exactas. Pero esa era la esencia de la pregunta, ¿no es así?... Ah, verás, no es fácil engañar a un *anziano*, si la cabeza no se le ha convertido en *zabaglione* a estas alturas, claro.

Le aconsejo que se ponga cómodo. Mi respuesta a su pregunta no va a ser breve, pero no se preocupe: aquí, por la noche, no hay nada que hacer aparte de dormir, tener pesadillas o morir por causas naturales. Pero primero asegúrese de que su aparato funciona y de que la cinta se mueve... ¿Todo bien? ¿Quiere comprobarlo otra vez?... ¿No? ¿Está seguro?... *Va bene*.

Pues ahora escuche.



HABÍA UNA VEZ, hace mucho, mucho tiempo, tres hermanos. Su padre había llegado a esta vida en un pueblo, dejado de la mano de Dios, en las montañas de Lucania, es decir, en medio del arco del pie de esa bota que es *la bella Italia*. Era un niño pobre, pobre de verdad. Pero era bueno con las manos y por eso de pequeño, en el pueblo, aprendió de un primo el oficio de la zapatería. El problema era que allí no tenía forma de ganarse la vida, así que, en cuanto creció un poco, se fue al norte, a la ciudad de Salerno. Allí encontró trabajo en una zapatería que hacía reparaciones y también zapatos a medida.

Era un buen artesano y trabajaba mucho. Con el tiempo su jefe sintió que se casara con su única hija, que se llamaba Consolata. Y pasados los años, cuando el jefe pasó a mejor vida, Benvenuto Franco no-sé-qué-más se hizo cargo del negocio.

Fue más o menos en esa época, en 1897, cuando nació el mayor de sus tres hijos, los tres hermanos que van a protagonizar esta historia. Lo llamaron Alessandro, aunque en nuestra historia será solo «Al». Pero sus padres no pudieron disfrutar de la alegría de la llegada de su bebé mucho tiempo, porque pronto se produjo el primer desastre que tuvo que sufrir la familia. Fue un accidente, un incendio. La zapatería y el taller se quemaron por culpa de un rescoldo mal apagado. Entonces Benvenuto decidió dejar Salerno y viajar hacia el oeste, siguiendo la ruta descubierta por un italiano famoso, Cristoforo Colombo, en dirección a ese trozo de

tierra que recibió su nombre de otro ilustre italiano, Amerigo Vespuccio. ¡Ah, *signore*, los italianos deberían haber patentado América y no dejar que los británicos, los alemanes y los polacos la utilizaran gratis!

Pero bueno... Antes de subirse al barco que los llevaría allí, Benvenuto había dejado a Consolata embarazada otra vez, así que unos cuantos meses después, cuando llegaron a Nueva York en 1901, ella dio a luz al segundo hermano, Nicola, al que en esta historia llamaremos «Nick» (y también de otras maneras, pero todavía tendrá que esperar un poco hasta que lleguemos a eso).

Seguro que ha oído, *signore*, que en esos tiempos los pobres de Europa pensaban que América era la Tierra Prometida. Creían que los ríos arrastraban desde las montañas pedruscos de oro puro y que las aceras de las grandes ciudades estaban cubiertas de diamantes que nadie se molestaba en recoger porque ya tenían demasiados (sí, ¡creían también que hasta los malditos perros nacían con cucharas de plata en la boca!). Por supuesto, todo eso no era más que, como dicen los americanos, «pura mierda» (disculpe a este pobre *anziano* por utilizar ese lenguaje). No había pedruscos de oro, ni aceras de diamantes. Pero sí había oportunidades. Y si trabajabas mucho o eras listo (o ambas cosas, claro), podías sacarles partido.

Benvenuto Franco no-sé-qué-más se puso a trabajar con un zapatero muy elegante de Manhattan. Ganaba un sueldo decente y pronto consiguió un aumento y después otro. Y Consolata era una esposa con recursos que sabía aprovechar al máximo cada dólar. Poco a poco ahorraron lo suficiente para que Benvenuto, con la ayuda de un crédito de un banco, pusiera su propio negocio. Abrió un local pequeño en Brooklyn, que era tienda y taller. Pero como Benvenuto Franco no-sé-qué-más era demasiado largo para la gente de por allí, decidió hacerlo más corto. Así fue como el cartel que había encima de su tienda acabó diciendo: «Ben Frank, zapatos de lujo». Muy fino, ¿eh?

Durante los años siguientes la familia de Frank disfrutó de una vida cómoda.

El negocio iba cada vez mejor, tanto que Ben volvió al banco y pidió una hipoteca para comprar una casita cerca de la tienda. Los niños crecían fuertes y sanos y su esposa estaba feliz. Pero en 1912 llegó el segundo desastre de sus vidas, y esta vez fue mucho más grave que el incendio de Salerno. Al dar a luz a su tercer hijo, Consolata murió por culpa de una hemorragia. El bebé sobrevivió. Lo llamaron Leonardo, que en nuestra historia será «Leo».

Pero tengo que contarle algo más sobre Ben Frank: a pesar del relativo éxito que había logrado con su negocio, era un hombre débil. Cuando Consolata vivía, eso no importaba, porque ella, como suele ocurrir con muchas esposas, tenía fuerza suficiente para los dos. Pero cuando ella se fue, las grietas de su carácter quedaron al descubierto. Para buscar consuelo ante la ausencia de Consolata, Ben Frank empezó a beber. Y por si eso fuera poco, en esa época Estados Unidos decidió meterse en el lío que había en Europa, todo aquello que después se llamaría la Gran Guerra. A Ben Frank al principio le dio igual. ¿Por qué le iba a importar lo que hicieran los locos de los americanos? Pero entonces su hijo mayor, Al, que para entonces ya tenía veinte años y trabajaba en la tienda echándole a su padre una mano (muy necesaria en esos tiempos), fue llamado a filas y tuvo que irse a la guerra.

A partir de entonces los problemas crecieron. Hasta que Consolata murió, Ben Frank pagaba sus créditos regularmente. El director del banco lo llamaba «señor Frank» e iba a su tienda a comprar zapatos para él y para su mujer. Pero cuando Ben Frank se abrazó a la botella, empezó a desatender su trabajo; la mitad del tiempo estaba borracho, y sufría los efectos de la resaca durante la otra mitad. Mientras estuvo su hijo Al, este consiguió que el negocio no se viera afectado. Pero cuando tuvo que irse a la guerra, el estado de su padre se convirtió en un problema. El negocio se resintió, las ventas cayeron, y Ben Frank empezó a retrasarse en sus pagos.

¿Qué podía hacer para resolver su problema? Bueno, un hombre sensato seguramente habría decidido beber menos y trabajar más. Pero,

siendo como era, Ben Frank hizo justo lo contrario: empezó a beber más y trabajar menos. Y, como muchos hombres desesperados que pasan por dificultades, se propuso resolver sus problemas... ¿Cómo cree usted? Jugando a juegos de azar. Pero ni era un buen jugador ni sabía cuándo parar, así que la mayor parte del tiempo perdía, y las pocas veces que ganaba, se dedicaba a seguir jugando con el fin de recuperar lo que había perdido el día anterior y solo acababa perdiendo todavía más. Al final no pudo hacer frente a los pagos mensuales del crédito y se quedó sin la tienda. Después el banco ejecutó la hipoteca de la casa y Ben y sus dos hijos pequeños tuvieron que irse a vivir con una tía solterona. Nick Frank, que tenía dieciséis años entonces, dejó el instituto para buscar trabajo, aunque eso no fue una gran tragedia porque tampoco es que estuviera aprovechando mucho el tiempo allí de todas formas.

Uno de los antiguos clientes de su *papà* conocía a alguien en el Plaza, ese hotel tan elegante junto a Central Park, y consiguió que contrataran a Nick como botones. No era un comienzo profesional muy brillante, pero al menos tenía dos comidas al día y llevaba a casa un poco de dinero para que su padre pudiera bebérselo y jugárselo.

Pero entonces, en 1919, solo una semana antes de que el hijo mayor de Ben, Al, volviera de la guerra y con él llegara tal vez la posibilidad de que mejorara un poco el futuro de la familia Frank, llegó el tercer y definitivo desastre.

Escuche bien: una noche Ben Frank está en el cuarto de atrás de un bar de Brooklyn jugando al póquer. En medio de una mano, acusa de hacer trampas a un extraño, un hombre al que no había visto nunca antes. El alcohol que tiene en el organismo le pasa factura; la discusión pronto sube de intensidad y pasa a ser una trifulca, y Ben Frank, que ganó unas cuantas peleas a puñetazos en su pueblo de Lucania cuando era pequeño, se envalentona, se levanta y le asesta al otro hombre un buen gancho. Y en ese momento, antes de que se dé cuenta de lo que está pasando realmente, ve que otro hombre, otro completo desconocido, saca una navaja. Ben Frank, actuando como un verdadero tipo duro,

coge una botella de la mesa y se la estrella en la cabeza al hombre de la navaja. El culo de la botella se rompe, pero en la mano le queda el cuello y con él se lanza a por el hombre y le alcanza justo aquí, en este lado del cuello. El cristal roto de la botella corta la yugular como si fuera una judía hervida.

Cuando Ben Frank vio la sangre saliendo a borbotones de la herida, le entró pánico y salió corriendo. Corrió, corrió y corrió hasta que se quedó sin aliento y no pudo correr más. Los policías lo encontraron sentado en una acera, jadeando y llorando. Se lo llevaron a la comisaría y lo acusaron de asesinato. Fue entonces cuando se enteró del nombre del hombre al que había matado: Luigi Lupo. Al principio no le sonó de nada. Pero unas horas más tarde Ben Frank se dio cuenta de que no podría haber escogido peor víctima aunque lo hubiera intentado con ahínco. Porque no podía ser más que cosa de mala suerte, su increíble mala suerte (de hecho la increíble mala suerte de sus hijos, porque acababa de decidir su futuro), que el hombre al que había matado fuera el único hijo de Tonio Lupo, el gánster siciliano que los periódicos llamaban «el Verdugo de Brooklyn», el *capo* de una de las principales *borgatas*, es decir, uno de los grupos de la mafia de esa época.

Cuando Ben mató a su hijo, Tonio Lupo era viejo y estaba enfermo. Pero aun así, dos días después fue personalmente a visitar al asesino, que estaba en la comisaría. ¿Por qué levanta las cejas, *signore*? ¿Le parece raro que esa reunión pudiera producirse? Bueno, pues que no se lo parezca. Tonio Lupo era un hombre muy respetado en aquella época. Incluso por los policías.

Fuera como fuera... Condujeron a la celda de Ben Frank al viejo *capo*, al que acompañaba un *sgarrista*, algo así como un «soldado» en una *borgata*, que llevaba una silla para él. Cuando estuvo allí con Ben, Lupo le dijo al *sgarrista* que saliera y habló con el asesino de su hijo de tú a tú, de hombre a hombre. Su voz era profunda y ronca, como la de una rana con un mal resfriado.

Esto fue lo que le dijo:

«Tú, *figlio di puttana*, escúchame atentamente. Dios me dio un hijo, solo uno, un varón, y tú me lo quitaste cuando tenía cuarenta y dos años.

Pero la puta de tu mujer te dio tres hijos y los tres están vivos y sanos. ¡Maldito hijo de puta! Ya soy viejo y estoy enfermo. No me queda mucho tiempo de vida. Pero no creas que te vas a librar por eso. La maldición que voy a pronunciar ahora, mi *maledizione*, permanecerá viva hasta que se haya cumplido no una, ni dos, ¡sino tres veces! Así que óyeme, cerdo: cuando tus hijos alcancen la edad de cuarenta y dos años, la edad que tenía mi Luigi cuando lo mataste, morirán, uno por uno. No antes. Pero tampoco después. Quiero que empieces a pensar en eso ahora, pedazo de mierda *lucanese*, y que lo sigas pensando mañana y pasado y todos los días que le queden a tu miserable vida.



POCO DESPUÉS ENVIARON a Ben Frank por el río... Ah, veo que no sabe lo que significa «por el río», *Signore*. Claro, un hombre educado y que respeta la ley como usted no tiene por qué saberlo. Se lo explicaré: es una forma de decir que lo enviaron a Sing Sing, no sé si le sonará ese nombre... Ah, lo ha visto en una película, qué curioso. Bueno, no sé qué vería en la película, pero en aquellos días Sing Sing era un verdadero agujero, una prisión en toda regla, nada que ver con el parque recreativo en que se convirtió después, con sus equipos de voleibol y los presos aprendiendo a coser, a tejer, y yo qué sé qué más. Pero a lo que iba... Ben Frank en un principio tenía que permanecer allí hasta el juicio y su posterior ejecución, porque ¿qué otra sentencia podía esperar un pobre hombre como él después de lo que había hecho? Pero le privaron del placer de acabar asado vivo con el culo atado a la vieja Chispas. Un día, mientras hacía la cola para el rancho, otro preso, un tío gordo de piel oscura (no negro, solo de piel oscura normal), se acercó a él y le susurró al oído: «Tonio Lupo te envía saludos». Después le cortó la yugular, como Ben Frank se la había cortado a Luigi, solo que esta vez fue con una hoja de acero. Ben Frank se desplomó; nadie fue en su ayuda ni llamó a los guardias. Se quedó allí, en el suelo, sangrando como un cerdo, estremeciéndose y sacudiéndose mientras se le iba la vida. Tal vez entonces soñó con volver a ver a Consolata en el cielo o algo así.

Qué cosas... Pero Tonio Lupo se había asegurado de que sus «saludos» no le llegaran a Ben Frank hasta después de haber recibido la visita

de alguno de sus hijos; para que su venganza fuera total, Lupo quería que los tres hermanos Frank supieran lo que les esperaba y que fueran desgraciados durante el resto de sus vidas hasta que cumplieran los cuarenta y dos años. Resultó que fue Al Frank, el mayor, el que fue a ver a su padre a Sing Sing. El pobre acababa de volver de Europa y ni siquiera le había dado tiempo a quitarse el uniforme militar. Fue él quien oyó de boca de Ben Frank lo de la *maledizione* de Tonio Lupo, la sentencia de muerte que el viejo *capo* había dictado y que se cumpliría cuando sus hermanos y él tuvieran cuarenta y dos años.

Dadas las circunstancias, cuando dos días después llegó la noticia de que a su padre le habían cortado la garganta en nombre de ese *capo*, Al Frank no se sorprendió. Tampoco fue algo que consiguiera ponerle aún más triste. Más bien al contrario: se sintió aliviado, porque el hecho de que a Ben Frank lo hubieran matado en la cárcel salvaba a Al y a sus hermanos de la agonía de un juicio, de la sentencia de un jurado y de la terrible espera hasta la ejecución. De hecho, la muerte de su viejo permitió a Al centrarse completamente en el problema que tenían sus hermanos y él.

Debo dejar claro algo desde el principio, *signore*, aunque va a ver pruebas más que suficientes de ello en lo que le voy a contar después: Al Frank era un tipo muy inteligente. Y, como toda la gente inteligente, también era práctico, es decir, vivía en el mundo real y no en un mundo de fantasía que solo existiera en su cabeza. Así que, cuando Ben Frank le contó lo de la *maledizione* de Lupo, en vez de sentarse a lloriquear, gemir y maldecir su destino, lo que hizo Al fue poner su mente a funcionar.

Sus hermanos y él tenían que enfrentarse a una terrible amenaza, de esas que consiguen que incluso la gente más poderosa caiga de rodillas, lllore como un bebé y se ponga a rezar a la *Madonna*. Al no era poderoso, claro, pero sí era listo y sabía que rezando no conseguiría que el problema desapareciera. Tampoco se quedó tranquilo cuando, un par de meses después de que a su *papà* lo mataran en Sing Sing, leyó en la primera página de uno de los periódicos de Nueva York: «TONIO LUPO, EL VERDUGO DE BROOKLYN, MUERE MIENTRAS DORMÍA». Al sabía que la muerte de Lupo no resolvía

sus problemas, porque estaba seguro de que el *capo* habría hecho sus planes teniendo en cuenta que, para cuando el mayor de los tres hermanos Frank tuviera cuarenta y dos, él haría mucho que habría dejado este mundo... Y, como era tan listo, tampoco pensó ni por un momento que a lo que Lupo se refería con esa palabra, *maledizione*, era a una maldición en el sentido espiritual. No. Supo desde el principio lo que era en realidad: una venganza anunciada que seguro que Lupo no había dejado en manos de Dios. Quiero decir que, aunque Al Frank no era especialmente religioso, sí que sabía por lo que le había dicho el padre en la catequesis que aunque el Todopoderoso era duro y vengativo, nunca concedería un deseo como el de Lupo. Ojo por ojo tal vez, incluso ojo por diente. Pero siempre sería el ojo del pecador, no el de sus hijos. Después de todo, Dios no era siciliano, y por eso no era partidario de la *vendetta*. El ajuste de cuentas del viejo mafioso con los hijos del asesino de su primogénito seguro que iba a ser un asunto cien por cien humano, no divino. Y quien tuviera que llevarlo a cabo cuando llegara el momento no había muerto con Lupo.

Entonces Al tomó una decisión basándose en lo más importante que había aprendido sobre la vida en los pocos años que llevaba en este mundo: que el combustible que mueve a los hombres (y también a las mujeres, aunque ellas no siempre tengan un papel decisivo a la hora de ganarlo) es el dinero, y que cuanto más combustible se tiene, mejor se es, es decir, se puede llegar más lejos y más rápido. Recordó un dicho romano que solía citar en el colegio su profesor de latín, un tipo viejo y desagradable: *homo sine pecunia est imago mortis*. Si Al Frank se hubiera hecho un escudo de armas, en él, bajo la imagen de una moneda de oro, de un cofre o algo parecido, habría hecho escribir en una faja ondeante esas palabras: «Un hombre sin dinero es la viva imagen de la muerte». Ya había visto como ese principio se hacía realidad en el caso de su padre. Cuando tenía dinero, era alguien; cuando no, se quedó en un pobre saco de huesos. Por eso Al concluyó que si había alguna forma de protegerse a sí mismo y a sus hermanos de la *maledizione*, seguro que tendría que ver

con el dinero. No sabía cuál acabaría siendo la solución a su problema, pero estaba convencido de que implicaría algún tipo de acuerdo de negocios, un *quid pro quo*, un dar y tomar. Todo en esta vida tiene un precio, y estaba seguro de que las vidas de sus hermanos y la suya lo tenían también. Pero dedujo que no sería barato.

Entonces Al no tenía dinero, claro. Esas eran las malas noticias. Las buenas eran que tenía mucho tiempo por delante antes de llegar a los cuarenta y dos, veinte años sin ir más lejos. Y fue en ese momento cuando decidió convertirse en millonario... ¿Eso es una sonrisa, joven amigo? Ah, seguro que está pensando que convertirse en millonario es más fácil de desear que de conseguir. ¡Pues tiene razón! Pero debe tener en cuenta que Al Frank tenía muchas cosas a su favor. No solo era listo, todo lo listo que se puede ser, sino que también era muy trabajador y ambicioso; se trataba de un hombre que estaba constantemente poniéndose objetivos y que no paraba hasta conseguirlos. Y además de esas cualidades tenía otra que tal vez era incluso más importante: un talento natural para no permitir que la suerte pasara por su lado sin aprovecharla.

De hecho, la suerte ya se había puesto de su parte durante la guerra, porque gracias a ella inició su amistad con Wilbur Worthington Junior, o «Willie», como le llamaban sus amigos, el único heredero de la poderosa familia propietaria de Worthington's, los grandes almacenes más importantes de Nueva York en esa época. A pesar de pertenecer a esa importante familia (o tal vez justo por ello, ya que eso le permitía no tener que preocuparse por ganarse la vida), Willie era un aventurero. Así que cuando Estados Unidos se implicó en la guerra en Europa, pensó que sería divertido ir a luchar al frente. A él debió de parecerle una actividad emocionante, igual que una cacería o que volar en uno de sus aviones, los flamantes juguetes con los que le gustaba entretenerse entonces. Willie se alistó como voluntario porque era un idiota, se convirtió en oficial porque era rico y fue al frente porque creía que allí era donde estaba la verdadera juerga. Como era de esperar, cuando se encontró metido hasta las rodillas en el barro de una trinchera de Flandes, se dio cuenta de que

aquello no era tan divertido como parecía, después de todo. Pero para entonces ya era demasiado tarde.

Fue la suerte la que hizo que Willie Worthington acabara siendo el oficial al mando de la compañía de Al, pero a partir de ahí fue él quien tomó las riendas. Todo empezó el día que llevó a Willie a lugar seguro cuando quedó inconsciente durante un ataque con gas de los alemanes. No fue un acto de valentía por su parte, sino más bien la consecuencia directa de su inteligencia: Al siguió el procedimiento y se puso la máscara de gas antes de que empezaran a caer los proyectiles, mientras que su oficial se quedó de pie en la trinchera, con la cara descubierta, seguramente disfrutando de la vista. Cuando vio que Willie caía, Al se acercó, le colocó una máscara y lo llevó arrastrando hasta su tienda, que parecía más bien una madriguera. Y así consiguió salvarlo por partida doble, porque momentos después un mortero cayó justo en el sitio donde Worthington había estado tirado segundos antes. Con esa acción Al se ganó, justamente, el título de «el hombre que salvó la vida del teniente».

Cuando, tras un par de semanas en el hospital, Willie volvió al frente, nombró a Al su ordenanza. Y eso no fue todo. Como Al era un chico de buen carácter y comportamiento, pronto se convirtió en su mejor amigo, y ambos mantuvieron esa amistad durante el resto de la guerra. Cuando la contienda lo permitía, los dos se quedaban despiertos hasta tarde en esa especie de madriguera que era su tienda, bebiéndose el *brandy* de Willie y jugando a las cartas, al *gin rummy* normalmente. Cuando llegó la paz, en noviembre de 1918, Willie le dio a Al la dirección de su casa de Nueva York y le dijo que fuera a visitarle cuando estuviera de vuelta en casa.

Como ya le he contado, Al pasó los primeros días tras su regreso atrapado por la desagradable situación de su padre: la visita a la cárcel, la noticia de su muerte, etc. Pero justo después de enterrarlo, Al fue directo a ver a Willie a su casa, una grandiosa mansión de ladrillo marrón con cuatro plantas en la calle Sesenta y Uno Este. «¿Cómo está tu familia?» fue lo primero que le preguntó Willie nada más verlo. «Bien, ¿y la tuya?»,

contestó Al (no tenía intención de contarle a Willie Worthington que su padre era un asesino).

Ni siquiera le hizo falta pedirle trabajo. Ese mismo día, antes de salir de la casa, ya habían contratado a Al para trabajar en las oficinas centrales de Worthington's, en el piso más alto del edificio, donde estaba la tienda de la Quinta Avenida.

Como Al no había ido a la universidad y no tenía experiencia previa, su primer puesto fue modesto, un trabajo de oficina. Allí todo el mundo sabía que le habían contratado porque era amigo del hijo del jefe. Pero pronto fue evidente que, fuera cual fuera la razón de su contratación, Al no era ni un imbécil ni un holgazán. De hecho, era justo lo opuesto. Trabajaba mucho... ¡Oh, no se hace una idea de cuánto trabajaba, *signore!* Estaba en la oficina de sol a sol, siempre más allá del deber, y nunca pedía días libres ni vacaciones; incluso pasaba los fines de semana en su mesa. Y siempre estaba proponiendo ideas. Pronto le confiaron una responsabilidad mayor y no pasó mucho tiempo antes de que llegara a asumir más y más.

Dos años después de que contrataran a Al, cuando solo tenía veinticuatro años, Wilbur Worthington Senior pasó a mejor vida y Willie se convirtió en el jefe, el *capo* de la tienda. Una de las primeras cosas que hizo fue integrar a Al en su equipo personal, el grupo de gente que movía los hilos. Y como Al era tan trabajador y tan capaz, Willie empezó a asignarle cada vez más trabajo, tareas que debería estar haciendo él. A Willie le gustaba dar fiestas salvajes por las noches, levantarse tarde por las mañanas, jugar al tenis y al polo y salir a volar con su avión los fines de semana. Pero nada de eso suponía un problema, porque Al estaba ahí para encargarse de todo en su ausencia.

Cuando Al tenía veintiséis (y por tanto, según lo estipulado por la *maledizione* de Lupo, todavía le quedaban otros dieciséis años de vida), Willie le nombró director del departamento de compras. Tal vez haya oído eso de que en los negocios el éxito se basa en comprar barato y vender caro. Bueno, pues a partir de entonces lo de comprar barato empezó

a ser cosa de Al. «Por fin estoy en la senda que me llevará a hacerme rico de verdad», pensó Al. Pero cuando se enteró del salario que cobraría en su nuevo puesto, dejó escapar un suspiro: era un buen dinero, claro, mucho más de lo que el hijo de un inmigrante italiano pobre habría soñado con estar ganando antes de los treinta. Pero no era bastante para el objetivo que se había impuesto: el de pagarles a los asesinos que hubieran recibido el encargo de Lupo el precio de las vidas de sus hermanos y de la suya. Fue entonces cuando Al se dio cuenta de que para ser tan rico como quería ser, no podía seguir trabajando para otro, sino que debía convertirse en su propio jefe.

Ya he comentado antes que a Al se le daba bien aprovechar las oportunidades. Y sin duda cogió al vuelo la siguiente que se le presentó. Un brillante y prometedor empresario francés que se llamaba Armand Luthier quiso que fuera Worthington's quien vendiera sus fabulosos tejidos de lujo en exclusiva en Estados Unidos. A Al le gustó mucho su producto e intuyó que sería popular entre los ricos que compraban en los grandes almacenes, así que le pidió a Willie que diera su visto bueno para firmar un contrato con Luthier. Pero Willie estaba demasiado ocupado pasándose bien para considerar el asunto como merecía y Luthier se enfadó, porque tuvo la impresión de que ese americano estúpido le estaba haciendo un desaire. Al vio la oportunidad inmediatamente y le hizo una oferta a Luthier a título particular: si él le confiaba sus tejidos, Al crearía una empresa nueva con una tienda para venderlos en exclusiva, ofreció. Luthier y él compartieron una comida agradable seguida de unos puros habanos (Al adquirió la costumbre de fumarlos tras haberlos disfrutado en esa ocasión) e hicieron el trato. Poco después Al dejó su trabajo en Worthington's (lo que provocó que el tonto de Willie montara en cólera) y, con algo de dinero que había ahorrado y un préstamo del banco, abrió una tienda Luthier en la Quinta Avenida, a dos manzanas al norte de los almacenes de su exjefe.

Al acertó con su previsión de que los tejidos de Luthier iban a ser muy populares; el negocio fue tan bien que un año más tarde abrió una

segunda tienda en Boston, y al año siguiente dos más, una en Chicago y otra en Filadelfia. Y eso fue solo el principio. Después Al Frank viajó a Europa y firmó nuevos acuerdos para importar y vender también en sus tiendas relojes suizos, cachemir y cigarrillos ingleses, seda y cristal italianos, porcelana francesa... todo lo que se le ocurra. Con todo eso en cartera, fundó una cadena de grandes almacenes de artículos de lujo. Y esta vez el nombre que llevaban era el suyo: «Frank. Artículos de lujo». Luthier no tuvo inconveniente en que su nombre desapareciera de la denominación y solo pidió a cambio acciones de la nueva empresa de ese joven tan inteligente.

A partir de ahí, una vez que el negocio despegó, ya no hubo forma de pararlo. En octubre de 1929, momento del gran crac, muchas empresas se arruinaron. Pero la de Al no; él era demasiado listo para eso. Por el contrario, Al vio en esa situación un montón de nuevas oportunidades de hacer dinero. Fue uno de los primeros empresarios en darse cuenta de que, como de repente la gente desarrolló una inseguridad con respecto al futuro, todo el mundo dejó de comprar productos duraderos, pero no perecederos, como comida, perfumes y no sé qué más. Por eso, a principios de los treinta, empezó a comprar acciones de otros almacenes, que entonces se estaban vendiendo por precios ínfimos. En 1932, cuando Al cumplió treinta y cinco, la suerte le dedicó su mayor y mejor sonrisa. Willie Worthington (que ya no era su amigo; su amistad se había terminado después de que Al dejara su trabajo en los almacenes) tuvo la brillante idea de estrellar el avión que pilotaba. Murió en el acto.

Algunos dijeron que la muerte de Willie fue en realidad un suicidio, porque en los últimos meses las acciones de su negocio habían estado cayendo en picado. No sé, es posible. Pero lo que es seguro es que Al ya había visto la oportunidad antes y llevaba tiempo comprando acciones de Worthington's a precios de risa. Así que, para cuando Willie estrelló su avión, su antiguo amigo poseía un buen pedazo de su empresa. La mayoría de las acciones de Willie, así como la casa de la calle Sesenta y Uno, las heredó Thelma Worthington, la que fue secretaria de Willie hasta un año

antes de su muerte, cuando se convirtió en su mujer; Willie no tenía hermanos y no le había dado tiempo a engendrar un heredero.

Thelma, que tenía veintiséis años entonces y era una mujer muy atractiva, por qué no decirlo, se autonombró presidenta de Worthington's. Al fue a verla inmediatamente, le dijo que poseía una pequeña parte de la empresa y le ofreció sus servicios como asesor. Thelma no podía haber encontrado mejor persona para asumir esa responsabilidad. Al Frank era uno de los recién llegados al mundo del comercio en Estados Unidos con más éxito y tenía una facilidad natural para hacer dinero. Un año después Worthington's se había recuperado y dos años más tarde Thelma cayó otra vez en los brazos de un nuevo marido: Al Frank. No llevaban casados ni un año cuando Thelma dio a luz a su primogénito, un varón que se llamó Al Frank Junior, y la fortuna de los Worthington pasó a ser el legado que heredaría su propia sangre. ¡Qué grande, Al!

Entonces creó una nueva empresa, que se llamó Frank & Worthington, que no solo contaba con las tiendas de Worthington's y las de la marca Frank de artículos de lujo, sino que sumaba además acciones de otra media docena de empresas que Al había comprado tras el crac. Los periódicos empezaron a llamarle «el rey de los grandes almacenes», y con razón. Pero eso no era suficiente para él. Al dirigió su expansión hacia el comercio internacional.

Para 1935 el mayor de los tres hermanos Frank ya era muy rico, y se hacía más rico cada día. Su fortuna era inmensa y no dejaba de aumentar. Las rutas de crecimiento de su fortuna empezaban en China, donde compraba seda y té, recorrían Asia, donde iba añadiendo hierbas aromáticas, especias, piedras preciosas, telas y mucho más, cubrían toda Europa, donde tenía acuerdos con fabricantes ingleses, alemanes, italianos y franceses, se extendían por el Mediterráneo hasta llegar a África, de donde traía cacao, cobre y diamantes, y, tras cruzar el Atlántico, continuaban hasta Sudamérica, donde incorporaban café, fruta, más cobre y Dios sabe qué más; todo eso desembocaba ordenadamente en el mercado estadounidense y, tras pasar por él, se convertía en dólares: los dólares de Al

Frank. Antes de cumplir los cuarenta, las revistas de negocios ya incluían al hermano Frank número uno entre los cien hombres más ricos de Estados Unidos. Fíjese: el hijo de unos inmigrantes pobres, que vinieron de las montañas de Lucania, para entonces podía, si hubiera querido, llenar una piscina de monedas de oro y nadar en ellas, como el tío Gilito.

Al Frank había logrado lo que se había propuesto cuando se enteró de la *maledizione* de Tonio Lupo. Ya era millonario, más bien mucho más que eso. Sin duda era una situación agradable de por sí, pero había llegado el momento de usar su dinero para salvar las vidas de sus hermanos y la suya.